

NUESTRA AMÉRICA HACIA SU SEGUNDA INDEPENDENCIA

Arnoldo Mora Rodríguez

En su célebre ensayo, significativamente denominado *Nuestra América*, José Martí llama así al inmenso territorio que fuera por casi cuatro siglos colonia del primer gran imperio de Occidente en la era moderna —el imperio de Castilla—, mientras que al otro imperio de la Península Ibérica, el portugués, le daba una connotación no ya anticolonial, sino antiimperialista. Se trataba de diferenciarnos de la América anglosajona, que para él era la otra América, la que no es nuestra, la que define al *otro*, por no decir a nuestro adversario histórico. Con ello enfatiza la búsqueda de nuestra identidad, no sólo cultural (no hablamos inglés ni somos anglosajones, somos mestizos, como ya lo señalaba Bolívar en su Carta de Jamaica) sino política, mediante un proceso histórico de liberación.

Es por eso que Martí, en ese mismo ensayo, habla de que, una vez lograda la independencia de la metrópoli colonial, habrá que tratar de forjar o construir la segunda independencia, aquella que rompa los lazos de la esclavitud imperial. Efectivamente, la independencia de Cuba (1898) significó no sólo el fin de toda presencia colonial española en la región, es decir, la culminación de la heroica gesta de los próceres de la independencia encabezados por Bolívar, sino también y por desgracia, el inicio de una nueva dominación. Con su intervención en la etapa final de la Guerra de Independencia de Cuba y Puerto Rico, dio inicio la fase históricamente madura del imperialismo norteamericano. A partir de entonces, al calor de la llamada “política del gran garrote” de Teddy Roosevelt, el Caribe se convierte en un lago norteamericano. Por eso había que emprender la tarea de nuestra segunda y plena independencia, tarea que no sólo ha ocupado y preocupado a los pueblos de Nuestra América durante todo el siglo XX, sino también en los albores de este siglo XXI, cuando se manifiestan en ella los primeros resultados de esa lucha. El papel y la voz propia en el concierto de naciones recién empieza, pero se advierte ya. La utopía del Libertador y la profecía del Apóstol comienzan a hacerse realidad.

Esto se ha dado en dos etapas hasta el presente. La primera fue la iniciadora, que surge en nuestra historia en el mar Caribe. La segunda etapa se lleva a cabo en forma más amplia, aunque no total todavía, en América del Sur. Ambos movimientos históricos portan el signo ideológico y movilizador de las dos figuras históricas más representativas del siglo XIX, como son Bolívar y Martí. No es casual que la primera fase de esta segunda independencia, como lo

recordara la II Conferencia de la Habana (1961), se diera en una isla del Caribe, la más grande, con la *Revolución Cubana*; y el inicio de la nueva etapa se diera en tierra firme con el triunfo electoral de Hugo Chávez (1998) en Venezuela y lo que él ha llamado *Revolución Bolivariana*. Hoy, ambos procesos revolucionarios han cambiado todas nuestras perspectivas políticas e, incluso, están cambiando la geopolítica mundial, lo cual no es ninguna exageración, pues la segunda independencia se libra contra la primera potencia política y militar del mundo, la única superpotencia que ha quedado después del derrumbe del campo socialista en Europa del Este, liderado por la antigua Unión Soviética. Con ello, la superpotencia yanqui se convirtió en un imperio universal, aunque da muestras ahora de estar en franca decadencia.

No es casualidad (en la historia, como en la naturaleza, las casualidades no existen) que todo se haya iniciado en el Caribe. Nuestra incorporación a la historia universal y a la civilización occidental cristiana no se dio por un proceso de evangelización inspirado en el testimonio de la fe, sino por uno militar cuya justificación ideológica estaba en la incorporación a la Iglesia Católica como parte del proceso de dominación imperial. Cuando se dice que Colón llegó a lo que hoy es el Continente Americano o Nuevo Mundo, en realidad se está diciendo que no pasó de la desembocadura del Río Orinoco, hoy territorio venezolano. El primer grito de independencia de estas tierras se lanzó desde Haití y, con ello, se logró la primera emancipación de una nación compuesta por esclavos negros (1804). La campaña militar liderada por Bolívar, esta vez definitiva, en pro de la independencia, parte de Jamaica y cuenta con el apoyo del gobierno haitiano. La primera derrota del incipiente imperialismo gringo, hegemonizado por los esclavistas del Sur, se dio en la guerra centroamericana contra los filibusteros (1856), guerra liderada por el presidente costarricense Juan Rafael (Juanito) Mora Porras. La más importante revolución agraria de la historia, con la que da comienzo el siglo XX en la región, se escenificó en México, que también forma parte de la cuenca del Caribe. El surgimiento de la guerra de guerrillas en dicho siglo y la lucha antiimperialista tuvo como teatro a Nicaragua (1926), con Augusto César Sandino. La única revolución socialista en Occidente se dio en Cuba (1959). La reconquista del Canal de Panamá, la vía interoceánica más importante del comercio mundial, se logra gracias a la firma del tratado Torrijos-Carter (1973). El primer movimiento guerrillero que triunfa y conforma un gobierno popular en tierra firme, se da en la Nicaragua

sandinista (1979). El avance de la lucha por la segunda independencia de Nuestra América (1998) tiene lugar también en otro país caribeño, Venezuela. Finalmente, el primer país latinoamericano considerado potencia mundial emergente y que es, geográfica y demográficamente, el más grande, Brasil, posee un ámbito caribeño en el Nordeste, de donde es nativo el presidente Lula.

La cuenca del Caribe se ha convertido así en el centro de gravitación de la política y de la historia latinoamericana y caribeña. Y no sólo por razones históricas, sino, ante todo, por razones geopolíticas. El mar Caribe es un lago que integra a las dos moles continentales, la del Sur y la del Norte, de nuestro continente. El Canal de Panamá une a los dos más importantes océanos del planeta, y en sus aguas navega más del 70% del comercio mundial. Es por eso que siempre fue pasto de guerras entre las potencias coloniales europeas adversarias de España, y escenario de uno de los más grandes oprobios de la historia de la humanidad, como es la trata de esclavos negros. Hoy Panamá posee una identidad cultural propia gracias a su música, que hace danzar al mundo entero y es cuna de la cultura afroamericana, una de cuyas familias vive hoy en la Casa Blanca.

Tenemos ahora un nuevo elemento, y es que el Caribe es un inmenso lago de petróleo. Más aún, Venezuela posee las reservas de petróleo más grandes del planeta, cuando se anuncia que, para las dos próximas décadas, sobrevendrá el fin de los hidrocarburos como fuente principal de la energía que mueve la industria, el comercio y los transportes del mundo. Evidentemente, esto hace del Caribe el epicentro de las luchas antiimperialistas. Hoy, la gran batalla por nuestra segunda y definitiva independencia se libra allí, pero se ha extendido a todas las latitudes de Nuestra América, particularmente a los territorios del Sur, en donde ha cobrado e inspirado un inusitado vigor. Sólo cuando este panorama histórico y geopolítico se tenga presente, se estará en capacidad de entender lo que está pasando en América Latina en los albores del siglo XXI.

Al socavar la hegemonía que, desde la caída del dictador Pérez Jiménez (1959), mantenían las agrupaciones políticas tradicionales, Chávez logró cambiar radicalmente el panorama político, no sólo de su país, sino de todo el continente, pues demostró que un proceso revolucionario podía llevarse a cabo a partir de un triunfo electoral. Un triunfo que parecía no tener ningún futuro como vía para lograr cambios sustanciales en favor de la justicia y dignidad de las mayorías, luego del golpe de estado de Pinochet en Chile (1973) en contra de una experiencia que había ilusionado a las masas empobrecidas del continente, como fue la de la Unidad Popular. El triunfo, la consolidación y el prestigio internacional de Lula, dirigente sindical formado en las comunidades eclesiales de base de la iglesia brasileña, le ha cubierto las espaldas a Chávez frente a una eventual guerra contrarrevolucionaria y ha permitido consolidar la unidad de los países del Sur, que se da también en los

campos económico (Mercosur), político (Unasur), de la comunicación (Telesur y Radio Sur) y financiero. Además de los planes de cooperación de Venezuela, como Petrocaribe, que incluye a las islas del Caribe de habla inglesa.

Más todavía, esta autonomía de los países del Sur se hace evidente a los ojos de propios y extraños cuando se excluye a Estados Unidos del diálogo interregional que busca solucionar, por vía diplomática, los conflictos surgidos entre la Colombia de Uribe y los países circunvecinos o, más recientemente, el intento de golpe de estado en Ecuador. La escogencia por aclamación de un secretario general de la OEA que no era el candidato de Washington y el papel secundario jugado en la solución diplomática y política de los conflictos regionales, es una muestra palpable del gradual declive de la hegemonía de la potencia del Norte. Esto mismo se reflejó en el reconocimiento unánime de la Cuba revolucionaria por parte de todos los países latinoamericanos.

Sin embargo, la presencia imperial no debe subestimarse. En realidad, sigue siendo fuerte y se expresa en la división actual de Nuestra América en dos o, más exactamente, en tres regiones: la regida por gobiernos que en diversa medida muestran una opción en defensa de los intereses populares y de la soberanía política y económica, como Venezuela, Bolivia, Ecuador y, en menor medida, Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay. El bloque conformado por gobiernos conservadores, como Chile y Perú, así como los países dominados por EUA, que los militariza so pretexto de combatir el narcoterrorismo, como son México, Colombia, Costa Rica, Panamá y Honduras luego del golpe de estado, es decir, casi toda Centro América, con excepción de la Nicaragua de Daniel Ortega y, en menor medida, El Salvador de Funes. Por su parte, Guatemala se debate en una lucha contra el terrorismo y el racismo, lo cual dificulta clasificar el gobierno de Colom, cuyo mérito, sin embargo, es que logró por primera vez desde la caída de Jacobo Arbenz (1954) construir un gobierno no impuesto por los militares y la oligarquía, si bien es en extremo débil y ha estado a punto de ser derribado, dado el poder que aún conservan esas fuerzas. La tercera región la constituyen las islas del Caribe. Allí se libra una dura lucha por su autonomía, tanto económica y política, como cultural, que tuvo recientemente una expresión firme y heroica en el movimiento de los universitarios de Puerto Rico, que mantiene todavía su status de semi colonia yanqui. De nuevo, el Caribe es protagonista. De hecho, nunca lo ha dejado de ser en estos quinientos años de historia y de luchas ininterrumpidas de nuestros pueblos por su plena independencia. Habrán de venir nuevos y mejores tiempos para ellos y para todos los pueblos del Tercer Mundo. ☑

Arnoldo Mora. Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional – UNA en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía y de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura y Deportes de Costa Rica.